

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra, y reposó el día sétimo. Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

(GEN. CAP. II, VERS. 2 Y 3)



Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la Ley de Dios.)

ADVERTENCIA.

Con el siguiente número dejamos servidos á nuestros abonados hasta el día.

Vencidas las dificultades que á ello se oponian, recibirán puntualmente este BOLETIN.

Estando todos considerados como suscritores desde el número 1.º, los rogamos nos manifiesten cualquiera falta que tengan en la coleccion, á fin de completársela en breve, teniendo en cuenta que más adelante acaso no fuera posible.

Con el último número del año les enviaremos una cubierta de color para encuadernacion del tomo 1.º

ENTRADA TRIUNFANTE DE JESÚS EN JERUSALEN.

En aquel tiempo que hoy recordamos con santo júbilo los hijos de la luz, iba á sonar en el relój de los eternos decretos la hora solemne en que habia de ser glorificado el Hijo del hombre. Y amaneció el día primero de la Semana, llamada Mayor y Santa. El rey de los astros apareció sobre el trono de su magestad y brillaba sobre las torres de Jerusalem como encimera de metal bruñido, porque iba á iluminar los pasos del Rey de la creacion que venia triunfante á la ciudad de los profetas. Era el día del cumplimiento de la palabra del profeta que habia dicho: Anunciada la hermosa hija de Sion, á la reina de Judea: hé aquí que ivas á ser visitada por el Hijo de David. Alégrate Jerusalem; porque á tí viene tu rey, el Salvador, el Justo.

Y apareció sentado sobre una asna el que tiene por trono cabezas de serafines. La humildad era su diadema, la mansedumbre su corona y la po-

breza su acompañamiento. Y no obstante *plurima turba*, un inmenso gentío salió á recibir al Hijo de David, no á la manera de los campamentos que alzaban al dictador sobre el escudo tinto en sangre humana, sino cubriendo los caminos con sus vestiduras, alfombrándolos con flores y con ramos cortados de los árboles, llevando las manos, no armadas del acero destructor, sino de la palma de la gloria, de la oliva de la paz, de la azucena del candor y del lirio de la fidelidad. Y los que iban delante y los que iban de atrás, gritaban, diciendo: *Hosanna al Hijo de David! Bendito el que viene en el nombre del Señor. Hosanna en las alturas.*

Vamos á exponer este bellísimo pasaje del Evangelio que brilla en su certeza, siendo lo que se oculta debajo de su preciosa letra sobremanera dulce y sabroso. Con la inteligencia de su místico sentido aprenderemos la manera de recibir en nuestros corazones al Rey manso y humilde que viene para nosotros lleno de gracia y de verdad.

Dirigíase el Salvador á Jerusalem y habiendo llegado á Bethphage que era un barrio de los sacerdotes, situado al pié del monte Olivete, dijo á dos de sus discípulos: id á ese castillo que está enfrente de vosotros y allí encontrareis un asna atada y un pollino con ella: desatadlas y traédmeles. Si alguno os dijere alguna cosa, respondedle que el Señor los há menester, y al punto los dejará.

Hé aquí una imagen de lo que sucede en las misteriosas jornadas del Salvador, en esos pasos silenciosos, en esas operaciones maravillosas de su gracia sobre las almas que quiere

hacer suyas para reinar en ellas y colmarlas de sus preciosos carismas.

Acércase el Salvador al hombre que está enfrente de él, acércase con sus gracias al pecador que está contra su Dios, que gime bajo el yugo del demonio en vergonzosa servidumbre: envía dos de sus discípulos, el temor y el amor, que rompen las ligaduras del pecado y alcanzan el perdón de aquel Dios, fuente de misericordia que no quiere la muerte eterna del pecado sino que se convierta y viva. Pero acontece que el corazón del pecador está dominado por la tiranía de las pasiones y cerrado á manera de fuerte castillo á las invasiones de la gracia. Los vicios y las costumbres corrompidas le afean y degradan; no puede moverse, ni querer, ni aun pensar siquiera en salir de su triste situación. Jesús se dirige á esa pobre alma, mística Jerusalem, para honrarla con su presencia, para libertarla con su gracia y enriquecerla con sus tesoros. Id, dice á sus ministros, desatad el asna y su pollino y traédme los. Hay una potestad soberana en la Iglesia, la misma potestad de Jesucristo concebida á los sacerdotes para romper las cadenas del pecado, y salvar las almas caídas en ignominiosa servidumbre. La mano del sacerdote está revestida de un poder sobrehumano. Sométase el hombre á su acción poderosa, prostérnese contrito y humillado á los piés de este caritativo libertador, exponga sencillamente sus necesidades, no tema revelar los secretos de su conciencia y las llagas de su corazón, y se obrará en su alma un cambio tan radical, una mudanza tan dichosa, una transforma-

ción tan admirable que llenará de pasmoso asombro á los hombres y de regocijo á los ángeles. *Solvite et adducite mihi.* Era tinieblas y ya es luz, era esclavo y ya es libre, era desdichado y ya es feliz, era semejante á las bestias y ha recobrado la semejanza de Dios, estaba sujeto á la tiranía del demonio y ha sido libertado por los discípulos de Jesús; estaba envilecido bajo la inmunda vestidura del pecado y brilla ya su alma, ennoblecida, exaltada, y dedicada con la gracia santificante, hermosa y sobrenatural vestidura de los hijos de Dios.

Desde este momento feliz, no es el hombre quien vive, ya no vive la vida miserable del pecado; vive Cristo en él, ha puesto en él su trono y reina como soberano en su alma, en esta Sion amada del Rey manso y pacífico, libertador de los oprimidos y renumerados, de los libertados al precio infinito de su divina sangre. *Et eum desuper sedere fecerunt.* Ya puede empuñar la palma de la victoria porque todos sus enemigos cayeron á mis piés; ya puede ostentar la oliva de la paz, porque ha logrado la amistad de Dios, causa verdadera de la paz dulcísima que reina en su corazón; ya puede cortar los ramos, es decir, las superfluidades qel árbol de su vida y arrojarlos en el camino para que los pise Jesús; ya puede alfombrar las entradas de su alma con las flores de las virtudes para que en ella fije su morada el Rey de los cielos y Señor de la tierra, Dios hecho hombre para que el hombre se una á Dios. Si; yo os digo que viene para vosotros el Rey manso y humilde, lleno de gracias y de bondades. Este

es el tiempo que ha elegido para entrar solemnemente en la mística Jerusalen de vuestras almas. *Didite filie Sion.* Suelos ya de las cadenas del pecado, purificados en las aguas de la Penitencia, adornad vuestra alma con la flor del granado que simboliza la caridad, con la del manzano que significa los frutos del amor divino, con el ciprés de la contemplación, con el cinamomo de la justicia, con el nardo de la esperanza, con la violeta de la humildad, con el heliótropo del respeto y con el lirio de la pureza. Entonces se abrirá el tabernáculo y el Rey de los reyes entrará en vuestra alma, inundándola con el torrente de sus gracias y mercedes. Qué resta ya sino dar salida á los sentimientos de fé viva y de íntimo conocimiento en justa correspondencia á las mercedes recibidas: Y los que iban delante y los que iban detrás entonaban himnos de gloria al hijo de David, al Ungido del Señor, al Mesias prometido. *Hosanna en las alturas. Hosanna al Rey de Israel.*

Canta, canta hija de Sion; ensalza con himnos de gloria al que ha roto las cadenas de tu cuello y se ha vestido con la túnica de la gracia, y alimentado con el pan que cria los heroes y con el vino que engendra vírgenes. Hosanna en las alturas y gloria en la tierra á Jesús, Hijo de Dios, Redentor de los esclavos en el madero de la Cruz y glorificador de los redimidos, en el reino de su gloria.

EL FARO DE MESINA.

—
 Sois de Paula el milagroso
 Gran lucero
 De caridad encendido
 Francisco de Dios querido
Gozos de San Francisco de Paula.

I

LA NAVE MILAGROSA

Era una hermosa mañana de 1464 y tres religiosos, vistiendo hábito pardo ceñido con cordón negro, se dirigían hacia la playa de Catona, pequeña ciudad de Calabria frente el canal ó estrecho llamado el faro de Mesina, por tener á la opuesta orilla, en la isla de Sicilia, la hermosa ciudad de este nombre cuyo puerto alumbraba un faro á fin de señalar á los navegantes los escollos que deben evitar para penetrar en él.

Uno de los tres religiosos era ya de cuarenta á cincuenta años de edad; los otros dos eran jóvenes, y todos tenían el bello tipo italiano que parece ya reflejarse en las estatuas de la antigua Roma, pero en el que se descubría más esta belleza varonil, era en el mayor de los religiosos.

Era alto y de bella figura, moreno como verdadero calabrés, pero de ese color moreno mate que agradaba á la vista y no anuncia un carácter de pasiones ardientes.

Sombreaban las bellas facciones del religioso una poblada barba que empezaba á platearse y llegaba hasta el pecho, adornando este rostro dos ojos más bellos que el cielo de Italia, que no tiene rival; sin embargo, aquellos ojos, á pesar de pertenecer á varón ya de cerca medio siglo, parecían los de un niño, y su mirada pura reflejaba la inocencia de aquella alma, vién-

dose en sus pupilas, casi negras, el destello de la santidad.

Los tres religiosos llegaron á la playa y en ella encontraron un buque que iba á levar anclas para hacerse á la vela y cuyo patron estaba pronto á atravesar un tablon que servía de paso del buque al puerto.

—Una palabra, Pedro Coloso,—dijo el fraile al marinero;—mis compañeros y yo debemos pasar á Sicilia por orden del venerable monseñor Pino, Arzobispo de Nosenza, y te pidimos por caridad que nos embarques en tu buque.

El patron miró al religioso de pies á cabeza con aire de desprecio, se quitó su gorro colorado y preguntó con socarronería:

—¿Cuánto me dará vuestra reverencia por el viaje?

—Hacedlo por caridad, Pedro Coloso,—dijo con dulzura el fraile,—pues bien os consta que somos pobres mis hijos y yo.

—¡Por caridad!—dijo Pedro con sonrisa de desprecio—¿estais loco? Padre Francisco, ¿no sabeis que la caridad es moneda que no pasa? Id en hora buena ó en hora mala á pedir algunos dineros y cuando los tengais os embarcaré.

Y atravesando el tablon se metió en el buque, el cual levó anclas y á un silbido del patron se izaron las velas y empezó su marcha magestuosa al través del estrecho de Mesina, entre las risas de los marineros y viajeros que se burlaban de los pobres frailes.

Moinos quedaron los buenos religiosos; pero el Padre Francisco, volviéndose á ellos, les dijo:

—¡Hijos muy amados, no permita Dios que os acongojeis! A la otra

parte del mar está Mesina; pues bien, allá iremos y llegaremos ántes que Pedro Coloso.

Y quitándose su capa la tendió encima de las aguas diciendo á sus compañeros:

—Ven tú, fray Pablo de Paterno, y pon el pié sobre mi capa; y tú también, fray Juan de San Lucido; pero ántes invoquemos á Dios.

Y los tres se arrodillaron en el puerto y juntando las manos, llamaron al Eterno en su auxilio.

—Padre, dijo fray Juan de San Lucido, si queréis que vuestra capa sirva de buque, tomad la mía, que es más nueva y no la calará tanto el agua.

—No, hijomío, contestó el Padre, ponte sobre la mía, junto á mí, y no temas, que Dios siempre salva á los que en él confían.

Fray Pablo de Paterno, sin hacerse rogar, puso el pié sobre el extraño buque. El Padre Francisco tomó su báculo, ató á él el extremo de su manto, que sirvió de vela, y el cesto de barco. Fray Juan se abrazó á las rodillas de su superior, y la prodigiosa embarcacion se alejó de la playa con gran rapidez entre los gritos de admiracion de todo el pueblo de Catona.]

Nada más peligroso que el estrecho de Mesina, oprimido entre Sicilia y Calabria, cuyas aguas se encrespan en las rocas, y cuyo lecho está caldeado por arenas volcánicas, donde á veces se levantan surtidores de agua hirviendo cargada de lava, mientras en ambas orillas ruje un viento subterráneo que pone en movimiento las casas y hace sonar las campanas en las cuarteadas torres de de sus templos.

Por entre los escollos de Scila y los remolinos de Caribdis se deslizaba y tranquila y con viento favorable la milagrosa embarcacion, pasaba por delante del buque de Pedro Coloso, donde éste, su tripulacion y los viajeros, no acertaban á creer lo que veían, y el patron, poniendo sus manos una á cada lado de su boca á manera de bocina para que su voz llegase hasta el Padre, le gritaba en su lengua calabresa:

—Padre Francisco, venga su reverencia y sus compañeros que mi barca es para ellos. Venga en nombre de Dios.

Pero el barco milagroso siguió su ruta y se perdió de vista, mientras que Pedro Coloso se daba de cabezadas contra la cubierta de su buque repitiendo:

—He pecado, y merezco que me trague el remolino de Caribdis antes de llegar á Mesina, con mi buque y toda la gente renegada que va en él.

II.

EL PATRON PEDRO COLOSO.

Mesina entera acudia á su puerto. ¿Qué sucedia? Un prodigio.

Tres frailes venian encima de un manto cruzando así el mar. Todos lo veian, y sin embargo no acertaban á creerlo; cuando de pronto se levantó una voz que dijo con acento calabrés:

—Es el padre Francisco de Paula y los hijos de Mesina. Es el enviado de Dios, es el Santo de Calabria, el San-de los milagros.

Cuando la milagrosa embarcacion llegó á la ciudad, los mesineses se postraron de rodillas ante el humilde fraile y le besaron los piés, resonando en los aires un grito general de admiracion expresado en estas palabras: ¡Hurra al enviado de Dios! Pero

Francisco de Paula dijo á los de Mesina:

—Hijos míos, debo pasar á Milazzo en donde me aguardan, y allí me manda monseñor Pino, Arzobispo de Cosenza.

Los mesines besaron su hábito y le acompañaron con gritos entusiastas aún despues de salirse del término de su ciudad.

Una embarcacion llegó entonces al puerto de Mesina y de ella saltó un hombre de rostro atezado, con zarcillos de oro en las orejas y la cabeza cubierta con un gorro colorado, en uno de cuyos remangados brazos se veía dibujada con sangre y carbon la imagen de Ntra. Sra. del Cármen, patrona de los marineros napolitanos y calabreses.

Este hombre, al ver el alborozo de la ciudad, preguntó lo que era, y le dijeron que acababa de llegar milagrosamente al puerto de Mesina Francisco de Paula, el Santo de Calabria, el enviado de Dios. Entonces el patron, que era Pedro Coloso, se postró en tierra y gritó:

—Apedreadme. ¡Ira de Dios! Yo soy un hombre que debo morir en una horca, pues no quise embarcar, por codicia, al Santo mi compatriota. Hay en las galeras del rey hombres mejores que yo.

Pasaron años y murió el Santo que asombró á Europa entera con sus prodigios; el Santo á quien los Pontífices tenían por amigo, los Reyes por oráculo, y á quien los pueblos enteros salían á recibir con más pompa que al mayor monarca de la tierra; y Francisco de Paula, honor de Italia y admiracion del Orbe entero, fué aclamado Santo por todo el

universo y tambien por la Santa Sede, en términos que el Sumo Pontífice quiso que se pintase en la capa del héroe de Calabria, que se conserva en el Vaticano, el milagro del Faro de Mesina.

Cuando Francisco de Paula fué venerado en los altares, se veía todos los dias en la iglesia de su patria un anciano marino con los cabellos blancos, de las cuales colgaban unos zarcillos de oro y en su mano un gorro colorado. El anciano iba cubierto con un capote á modo de marsellés, llevaba sus brazos remangados, en uno de ellos se veía pintada con sangre y carbon la imagen de la Virgen del Cármen y en el otro la del Santo de Paula, cuyas pinturas indelebles estaban hechas con punzadas en la carne.

Al llegar á la iglesia el viejo marino se postraba en tierra y despues de besar el suelo un sin fin de veces, se golpeaba el pecho y exclamaba besando su escapulario:

—Soy yo el infeliz que no quise admitirte en mi embarcacion ¡Santo mio! y no sé por qué no se me traga la tierra y por qué no me apedrean en Calabria.

Esto era lo que repetía todos los dias Pedro Coloso, hasta que murió de puro viejo, siendo respetado por todo su país, el cual le perdonó su avaricia que él no se perdonó nunca.

Es fama que el estrecho de Mesina, desde que atravesó nuestro Santo, ha perdido mucho su bravura.

Los marineros napolitanos, sicilianos y calabreses si alguna vez atraviesan el peligroso estrecho entre Scila y Caribdis y ven en peligro sus

vidas, se arrodillan en la cubierta de sus naves y juntando las manos y orando con fervor, exclaman:

—¡Santo de Calabria! ¡Santo de los milagros! ¡Glorioso Francisco de Paula, ten piedad de nosotros!

Y el Santo que atravesó sobre su manto el estrecho, les oye y les socorre, y la nave llega felizmente á Mesina ó á Nápoles, donde en la magnífica Iglesia dedicada al Patriarca calabrés se postran de hinojos y besan el suelo, porque es sabido que al patron de mi ciudad natal nunca se le invoca en vano, pues es el Santo de los milagros.

—*Francisco de Paula Capella*

VIOLETAS AMARILLAS.

Como quiera que abundan mucho esas florecillas, nadie hay que no las tenga bien conocidas.

Andan ellas mezcladas por lo regular con las blancas, con las cuales casi llegan á confundirse muchas veces, como el candor de la infancia se confunde con la sencillez de la ancianidad.

Yo he visto en una soia mata crecer violetas blancas y amarillas, y enviar juntos sus deliciosos perfumes al fresco ambiente de la tarde, y ostentar sus bellos colores al mismo amoroso rayo de sol.

Y al ver juntas estas florecidas, he pensado, no sé yo por qué, en esa porcion de niños y niñas, almas inocentes, y en esa otra porcion no ménos numerosa de ancianos y ancianas, almas sencillas y piadosas, que suelen verse juntas en derredor del altar de San José en las novenas que se hacen al Santo.

Se ha dicho que los recuerdos, el amor, el alma misma, tienen el color de las *violetas amarillas*.

Si esto es así, nadie extrañará que los sentimientos de aquellas personas que se alimentan sólo ya de recuerdos, que se refugian en amores inmortales, que sienten que se engrandece su alma, al paso que se desmorona y se deshace su cuerpo, nadie extrañará, digo, que tales sentimientos se apelliden con el nombre de *violetas amarillas*.

El glorioso Patriarca, el anciano José, el dulce protector en la hora de la muerte os conoce bien, pálidas florecillas, tiernos y fervorosos sentimientos que palpitaís en el fondo de los corazones de la ancianidad, favor del que se complace en ser acariciado por vuestra dulce fragancia.

Anciano, como lo sois vosotros, entiende vuestros rezos, siquieran broten de lábios balbucientes; enamórase de vuestra sencillez; le es grata la ilimitada confianza que en él depositaís, y se siente enternecido al ver correr por vuestros párpados caídos aquella lágrima que atesora toda la devolucion de vuestros corazones y toda la piedad de vuestras almas.

Y vuestro querido Patriarca ¿no es verdad, ancianos míos, que os deja gustar sentimientos de una paz y de una dulzura extraordinarias, despues que le habeis confiado vuestros pesares y vuestros temores?

El terrible paso de la muerte pierde mucha parte de su esperanza y horror para los ancianos devotos fervorosos del Santo Patriarca.

—Traedme, traedme la imágen de San José,—decía un pobrecito

anciano que estaba en la cama gravemente enfermo.

Y á vista de la dulce imágen, su rostro se animaba, sus lábios rezaban, y un rayo de santo consuelo se deslizaba por su corazón.

—Voy á morir, decía otro, y moriré el día de San José. Estoy seguro que celebraré su fiesta en el cielo.

Y con la paz del justo, tranquilo, sosegado, hasta hermoso, moría el anciano Josefino despues de exclamar: *¡Jesús, José y María! recibid cuando yo muera el alma mía.*

¡Ah! entonces, en aquellos momentos supremos es cuando se comprende cuán dulce, cuán poderoso es el Señor San José.

—San José ya viene á recibirme, decía una anciana ántes de morir.

Y bañada en suavidad y dulzura, exhalaba plácidamente el postrer suspiro en la tierra, para volar á las eternas claridades del cielo, confiada en el poderoso patrocinio de su amado San José.

J. A y A.

VARIEDADES.

El Gobierno de los Estados- Unidos parece que ha comprendido que á nadie podía encomendarse mejor la educacion de los indios que á las congregaciones religiosas católicas. Al efecto acaba de otorgar una subvencion bastante crecida á las religiosas del establecimiento del Buen Pasto, en Milwaukee para que eduquen á las niñas indígenas de Chipewas y Wisconsin.

Este ejemplo del gobierno americano no solo merece elogios, sino que es muy digno de ser meditado

por los gobiernos católicos ménos inteligentes que el protestante de la república de los Estados- Unidos.

En los *Anales de la Santa Infancia* leemos este hecho milagroso:

«En Febrero de 1870, dos neófitos de la raza de los carianos, en el Sudeste de Asia, confiaron á los cuidados del P. Tardivel, misionero, á su hija Teresa, afligida de una horrosa enfermedad que la tenía cubierta de llagas. El 7 de Diciembre del mismo año, víspera de la fiesta de la Inmaculada Concepcion, el misionero, que ya había hablado repetidas veces á la enferma de los milagros de Nuestra Señora de Lourdes, le dijo: «Voy á pedir que me envíen esta agua milagrosa para ver si te curas; pero es preciso que te hagas con la oracion digna de este favor de la Virgen Santísima. Mañana, día de la Virgen, empezaremos á hacerle una novena. Ve á la iglesia, prepárate para confesarte, y vuelve cuando te haya preparado.»

Viendo el misionero que tardaba la niña, fué él mismo á la Iglesia, y la encontró llorando de alegría. Cuando vió entrar al misionero corrió á él sin necesidad de las muletas, y arrojándose á sus piés exclamó: «Ya estoy curada, completamente curada. La Virgen me ha curado: ya puedo andar sola.»

Desde entonces está sana y robusta, ocupándose en cuidar de la Iglesia y enseñar el catecismo á las niñas de su país.